evidencia en qué medida la capacidad de negociación de los científicos a fin de lograr recursos del Estado, como de sus redes al interior del país y en el extranjero, son parte constitutiva del quehacer científico junto con las publicaciones, textos que normalmente se privilegian a la hora de hacer una historia de la ciencia. En este aspecto, las alianzas construidas con el objeto de consolidar los museos no son simplemente un contexto sociohistórico, sino antes bien elementos de la praxis científica misma. Poder y saber se entrelazan, no diferenciándose los límites entre lo científico y lo político.

Las autoras, a partir del análisis de estas redes e imbricaciones poder/saber, dejan muy claro en qué sentido el Estado nacional decimonónico no estructuró una suerte de “estrategia” o “control del saber”, como comúnmente los historiadores han tendido a conceptualizarlo. Antes bien: el estudio de las prácticas científicas demuestra que el Estado no poseía un procedimiento homogeneizante y perdurable en el tiempo de dominación simbólica: “[...] lejos de la existencia de un plan rector del Estado para llevar adelante tales tareas, la historia de los museos argentinos muestra todo lo contrario: cada nuevo establecimiento ignoraba [...] la existencia de los otros. Su funcionamiento, en cambio, estaba condicionado por la competencia por los recursos [...]. La historia de la debilidad de los proyectos para el establecimiento de los museos en la Argentina puede servir para entrar en la historia de la estructuración del país y matizar las ideas sobre la relación entre ciencia y Estado” (p. 250). Ni siquiera las expediciones científicas financiadas desde el Estado evidencian una maquinaria articulada con los dispositivos de la exploración científica y el control o invención del territorio.

El desierto en una vitrina, en suma, al reunir el sedimento de un conjunto de disputas (p. 253), logra darle un contenido dinámico al proceso de creación de los museos en la Argentina del siglo XIX. Allí radica, a mi juicio, su mayor mérito, en la medida en que deja en evidencia las relaciones de tensión que allí se tejieron antes que visualizarlo tan solo como un largo camino de progresos. En este sentido, el texto aquí reseñado logra transmitir que los museos, más allá de sus esferas simbólicas, son a su vez el espacio para un conjunto de prácticas científicas, “modeladas a partir de las especificidades de cada institución y de los conflictos y alianzas escondidas tras sus historias y sus puertas” (p. 26).

CARLOS SANHUEZA
Universidad de Talca-Chile

MARGARET POWER, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*. Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009, 318 páginas.

Hay que apreciar la franqueza de la historiadora Margaret Power cuando dice, al principio de su libro, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, que jamás pensó en escribir un libro sobre mujeres

de la clase acomodada. Al contrario, al comienzo de su tesis doctoral, que luego se convirtió en este libro, buscaba escribir sobre la clase obrera y su heroísmo al sobrevivir a la dictadura militar. ¡Qué bueno que Power cambió su rumbo! Por supuesto es importante la historia obrera, pero en el caso chileno, hace tiempo que los movimientos laborales y la vida popular han sido tomados muy en serio como sujetos históricos. Sin duda hay mucho más para hacer, pero en el caso de la historia de las clases medias y media-altas chilenas del siglo XX hay muy poco escrito. Esto es un vacío especialmente grave, dado que fueron precisamente las clases medias quienes jugaron un papel clave en muchos momentos de crisis y transición política: tanto en el triunfo del Frente Popular como en el derrocamiento de Allende y luego la derrota de Pinochet. Si bien la historiografía chilena está repleta de historias de las élites, incluyendo algunas pocas sobre mujeres, no hay muchas historias sobre movimientos sociales de mujeres de las élites (es casi una contradicción aun hablar de “movimiento social” y “mujeres de la clase alta”).

Así es que el libro de Margaret Power, historiadora y docente en el Illinois Institute of Technology en Chicago, llena un vacío muy grande. Salta de los paradigmas tradicionales: de ver los movimientos sociales solo como fenómeno relacionado con los sectores populares y de ver la historia política solo desde el protagonismo de los partidos políticos y sus dirigentes hombres. Aún más importante, este libro nos recuerda que en el proyecto de escribir historia y entender el pasado, tanto como en el de hacer política, es sumamente importante conocer todos los actores y todas las ideologías, la totalidad del comportamiento humano, no solamente el de los que admiramos o con los que sentimos solidaridad (los ignoramos a nuestro propio riesgo).

En el caso de mujeres antiallendistas hay que repensar, como nos muestra Power, las razones complejas por cuales muchas mujeres apoyaron el derrocamiento de un gobierno democráticamente elegido, y por qué aun antes y después la mujer chilena estuvo ligada a los proyectos conservadores. No es suficiente el estereotipo sencillo de que “la mujer es de la iglesia” o “de la casa”. En Chile, en el siglo XX, la Iglesia no es reaccionaria, sino que apoya proyectos muy antioligárquicos, como la Reforma Agraria, sindicalización, educación masiva e incluso estuvo de acuerdo con un proyecto nacional de planificación familiar, empezado bajo el gobierno democratacristiano. Así, Power plantea que, para explicar cómo una mayoría de mujeres chilenas terminan estando identificadas con “la derecha”, se requiere una historia seria.

Este libro es muy importante como historia política. Power recupera el rol fundamental que tuvieron las mujeres de la oposición en la derrota de la Unidad Popular. Las famosas marchas de las cacerolas que se realizaron entre 1971 y 1973 no solamente simbolizaban las divisiones profundas de la sociedad chilena, sino que también rescataban y producían un discurso político profundamente antidemocrático que iba durar décadas (hasta hoy) en la ideología de la derecha chilena. Sobre todo, esa ideología planteaba que los intereses de la familia (intereses de la mujer) iban más allá (o trascendían) de los intereses políticos. Planteaba que el vínculo entre familia y nación era puro y sencillo, que no necesitaba la intermediación de los partidos políticos, cuyos intereses eran egoístas y corruptos. Ese vínculo entre mujer, familia y nación tenía raíces en los proyectos de Carlos Ibáñez y, de una manera distinta, en el

fascismo. Pero en el contexto de la Guerra Fría se convierten en una ideología sumamente antiizquierdista, una ideología que definía a la izquierda marxista como un enemigo de la familia (y de la mujer), así como un enemigo de la nación. Este lazo ideológico fue entendido muy bien por Augusto Pinochet. Lo tenía muy claro, por lo cual durante su régimen el general siempre celebraba el heroísmo de la mujer abnegada y su papel clave en incentivar el golpe militar con las marchas de las cacerolas. Pero fue Pinochet, también, quien desarmó Poder Femenino, la principal organización de mujeres de oposición a Allende, un año después del golpe. El general había visto lo que podían hacer las mujeres con organizaciones independientes y no quería nada de esto en su propia revolución.

La mujer de derecha... es sumamente importante como una historia de género durante la Guerra Fría en América Latina. Si bien el vínculo entre mujer y familia es muy antiguo, la forma que tomó en los años 60 y 70 fue algo claramente producido a través de las políticas transnacionales de EE.UU. y la Iglesia Católica, ambos muy preocupados por el avance del socialismo. Después de la Segunda Guerra Mundial en muchas partes del planeta, EE.UU. tomó el “frente familiar” (la familia) como uno de los campos de batalla más importante para triunfar sobre la Unión Soviética. Proponía que solamente con el capitalismo al estilo estadounidense se podría lograr que cada familia disfrutara de su propia casa, con bienes electrodomésticos modernos y una vida íntima que valoraba al individuo y respetaba la libertad religiosa. El modelo de familia norteamericana con padre proveedor y madre dueña de casa moderna fue ofrecido al mundo como la prueba de la superioridad moral y material de EE.UU. y sus aliados.

La Iglesia Católica, mientras tanto, ya llevaba décadas proclamándose como una tercera alternativa entre el capitalismo-materialista y el comunismo-ateo. Promovía la formación de partidos demócratacristianos en todas partes del mundo y, dentro de América Latina, después del Concilio Vaticano II, tomó muy en serio un papel reformador. Vale la pena destacar de nuevo que, aunque la Iglesia era ferozmente anti-marxista, no era “conservadora” en el sentido clásico. La Iglesia promovía grandes cambios, muchos de los cuales amenazaban los intereses de los terratenientes. De hecho, la Iglesia tenía mucho en común con la política de los EE.UU. en su Alianza para el Progreso levantada por John Kennedy. Así, católicos chilenos y políticos norteamericanos podrían hacer una alianza de verdad.

La mujer de derecha... llama la atención sobre el papel fundamental que jugó EE.UU. en las elecciones de 1964 al apoyar al Partido Demócrata Cristiano con millones de dólares, con *marketing* hecho por la agencia J. Walter Thompson y con consejo político de la CIA. Literalmente transformó un partido pequeño con una base de élite en el partido más grande y multiclase de Chile. Vale la pena recordar que el gobierno de EE.UU. gastó más recursos en las elecciones chilenas de 1964 que el que gastaron los dos candidatos del mismo año para la presidencia norteamericana (Barry Goldwater y Lyndon Johnson) *juntos* en sus propias campañas. Se ha escrito mucho sobre el papel de EE.UU. en apoyar el golpe de 1973, pero muy poco sobre el rol de EE.UU. en hacer del Partido Demócrata Cristiano un partido de masa.

El libro de Power muestra documentadamente que las mujeres fueron un enfoque absolutamente clave en este esfuerzo. La campaña del terror hecha para apoyar

a Frei Montalva durante 1964 trabajaba para elaborar un lazo orgánico entre mujer, familia y salvación nacional. Se planteó la elección con una pregunta muy sencilla: “¿Quieres que la izquierda te quite a tus hijos y los convierta en tus enemigos?”. La pregunta era retórica: ¡obvio que no! Las referencias frecuentes durante la campaña a Cuba –y el lema que “Chile no debe ser Cuba”– hizo referencias a la Operación Peter Pan, un evento en el cual 20 mil niños cubanos fueron mandados por sus padres a vivir a EE.UU. para no vivir bajo el comunismo. Tal espectro horroroso no notó la ironía de que fueron los mismos padres cubanos –y no el Estado Revolucionario– quienes sacaron a los niños de sus hogares.

La mujer de derecha... revela que la oposición femenina contra Allende era fundamentalmente política. Estaba situada muy adentro de los grandes debates de la Guerra Fría: fue primero que nada un rechazo explícito al socialismo. No era simplemente un “resultado natural” ni “orgánico” de “madres defendiendo sus familias” frente a la escasez de pañales y pollo, como la presentaron las dirigentes de Poder Femenino. Como apunta Power, la primera marcha de cacerolas fue organizada en diciembre de 1971, contra la visita de Fidel Castro, no precisamente contra las colas y escasez. Las colas y las odiadas Juntas de Abastecimiento Popular (JAPs) no se formaron en escala masiva hasta la crisis económica de la segunda mitad de 1972. Aquí la tarea de la historiadora en reconstruir la cronología de eventos es sumamente importante. Durante 17 años de régimen militar los chilenos iban a escuchar el discurso oficial sobre el valiente papel de la mujer en “salir a la calle durante el gobierno de Allende para defender la familia porque la olla estaba vacía”. Ese iba a ser el mismo discurso repetido en las historias orales tomadas por Margaret Power. Pero la autora nos recuerda que en 1971, para la primera marcha, la olla no estaba vacía: el problema central para las mujeres que salieron a la calle fue Fidel Castro y el proyecto de la UP de construir el socialismo.

La mujer de derecha... muestra cómo el “discurso de la escasez” fue extremadamente poderoso y exitoso. Fue más importante políticamente, tal vez, que la efectiva falta de bienes. Nadie duda de que en la segunda mitad del 72 y 73 hubiera mucha rabia y frustración del consumidor; nadie puede dudar de que las JAPs politizaran las relaciones más íntimas entre vecinos y especialmente entre mujeres, con muy malas consecuencias para la Unidad Popular; nadie duda tampoco de que hubiera colas y escasez. Basta saber que los trabajadores ganaban el triple de sueldo de antes, mientras la producción había bajado o había subido muy poco; basta saber lo que puede hacer un bloqueo de EE.UU. (eso se lo debería haber avisado Fidel Castro a Allende).

Sin embargo, los recuerdos y memorias transmitidos en las historias orales de colas diarias de 12, 14 y hasta 24 horas –entrevistas hechas por Power después de 17 años de dictadura y propaganda– suenan como leyendas urbanas, como discursos colectivos. “La escasez” se había transformado en la razón icónica por la cual las mujeres apoyaron el proyecto militar. El punto no es que estos cuentos o discursos sean “falsos”, aunque seguramente algunos son exagerados. Lo que es realmente importante de este “discurso de la escasez” es precisamente su poder discursivo e ideológico: la reproducción de este durante el régimen militar como

“un hecho” que habían vivido *todos los chilenos*. El “discurso de la escasez” de la mujer de la oposición iba a ocultar otros discursos y memorias sobre el consumo durante de la Unidad Popular: por ejemplo, memorias y experiencias, documentadas por otras fuentes, de que bajo Allende, chilenos de las clases populares y clase media comían más carne, leche y pan que en cualquier otro momento. O memorias de campesinos y pobladores que hablan de la pura alegría de ver a sus niños con zapatos por primera vez. El “discurso de la escasez” iba a enterrar estas otras memorias y discursos en el olvido. La Unidad Popular perdió la batalla ideológica sobre el consumo y sobre la familia. Puede ser que para muchos sectores populares y aun parte de la clase media haya subido la calidad de vida, pero muy pocos recordarían la Unidad Popular como un tiempo de abundancia.

Otro triunfo discursivo de las mujeres de la oposición contra Allende, que revela Power, fue el proyectarse como un movimiento no político. Fue un triunfo ideológico brillante. Como Power aclara, las organizadoras principales de las marchas de las cacerolas y de Poder Femenino, en verdad, eran militantes de partidos de la oposición. Casi todas tenían experiencia política o acceso a hombres políticos importantes; algunas eran diputadas o tenían otros cargos políticos. Si bien muchas de las participantes en las marchas no pertenecían a partidos, o venían de varios sectores sociales, había una clase política dirigente del movimiento de mujeres que estaba ligada estrechamente a partidos de la oposición. Sin embargo, ellas logran proyectarse como “más allá que la política” a través de su celebración como “madre dueña de casa” y el vínculo directo entre mujer, familia y Nación.

Al la vez, el libro de Power es especialmente valioso por su consideración compleja de la clase obrera. Las marchas de las cacerolas no eran como quería verlas la izquierda: marchas de viejas acomodadas que jamás habían trabajado en su vida. Había una cantidad importante de mujeres obreras y pobres que también se manifestaron contra Allende. No todas eran empleadas domésticas reclutadas a la fuerza por sus patronas. Y vale la pena recordar que ser “clase media” en 1972 no era lo mismo que ser un rico.

Uno de los capítulos más importante del libro es sobre la historia de las huelgas en El Teniente y la “Papelera” en Puente Alto. En los dos casos, esposas de trabajadores se oponían al nombrado Gobierno de los Trabajadores.

Sin embargo, Power rechaza la idea de que “todas las mujeres,” y mucho menos “todas las mujeres populares” fueran conservadoras. Muestra que, de hecho, el apoyo electoral de mujeres para la Unidad Popular subía significativamente en barrios pobres entre 1970 y 1973 (subía, en algunos casos a casi un 10%). En el ejemplo de la oposición femenina en El Teniente y la “Papelera”, Power indica que fueron mayormente mujeres casadas con empleados (y no con obreros), quienes lideraron la protesta. Ellas tomaban la frase “mujeres de *trabajadores*”, lo cual ocultó el hecho que había una división importante entre los sindicatos de empleados (que se oponían a Allende) y sindicatos de obreros (que en su mayoría apoyaban a Allende). Power nos recuerda que nunca podemos hablar de “la mujer chilena” como una entidad singular. A la vez nos muestra, dentro de la entidad “mujeres de la clase obrera”, que ellas mismas estaban muy divididas acerca de la Unidad Popular, mucho más que sus compañeros hombres.

Es muy evidente que la izquierda era mucho más ambivalente que la derecha o los demócratacristianos sobre la tarea de organizar mujeres. El socialismo había proclamado la “emancipación de la mujer” desde el principio del siglo XX, y había organizado a muchas mujeres trabajadoras en sindicatos. El propio MEMCH tenía una fuerte alianza con la izquierda. Había un esfuerzo importante por parte de la Unidad Popular por organizar a las mujeres en JAPs, juntas de vecinos y aun en centros de madres, pero, a la vez, la izquierda se sentía insegura sobre la lealtad política de “sus propias mujeres”. Es interesante y fuerte notar que la izquierda incentivaba a la mujer del pueblo a votar mucho menos de lo que lo hacía la derecha y los demócratacristianos. En los datos estadísticos sobre votación, Power muestra que las mujeres de los barrios populares votaban en números muy inferiores a las de la clase media y clase alta. Y es precisamente en los barrios populares con más alto apoyo masculino para Allende, donde estaba más baja la votación femenina. El voto femenino es mayormente pro Allende, pero el porcentaje de todas las mujeres que votaban es muy inferior al de hombres y mucho más bajo que el porcentaje de mujeres que votaban en barrios de clase media y clase alta.

Finalmente, *La mujer de derecha...* es importante porque nos recuerda que luchas sobre “género” son factores que transforman a las mujeres en actores políticos no solamente cuando estos movimientos son feministas o reivindicativos. Las mujeres de Poder Femenino no son “feministas”, no están reclamando derechos, pero son muy poderosas en un momento clave. No están controladas por sus hombres ni directamente por partidos de la derecha (como quería creer la izquierda). Al contrario, ellas entendían muy bien cómo jugar con las dicotomías y jerarquías del patriarcado sin pedir cambiarlo. Son poderosas a través de sus roles dependientes: es como “madres, esposas e hijas” que ellas exigen a los militares “ser hombres verdaderos” y “ponerse los pantalones”; es como mujeres que quieren ser protegidas por hombres que les tiran maíz a los generales y los tratan de “gallinas”. Esas mujeres subrayaron la “diferencia esencial” entre hombres y mujeres para defender el territorio de Poder Femenino como un espacio de mujeres, independiente del control o liderazgo de los hombres. Como contó una señora a Power en una entrevista: “Al principio, muchas mujeres pensaban que el nombre ‘Poder Femenino’ sonaba muy pretencioso, que iba a ofender a los hombres, y no les gustaba. Pero, al final, cambiaron de opinión. A ellas les terminó gustando mucho la palabra y el poder”. Por todo lo anterior, *La mujer de derecha...* es un estudio complejo y necesario.

HEIDI TINSMAN

University of California Irvine

STEFAN RINKE, *Kleine Geschichte Chiles*. München, Beck, 2007, 203 páginas.

La obra de Stefan Rinke, desde un punto de vista de la industria editorial, se inserta en la colección de las *Breves Historias* que la casa editora Beck ha venido impulsando sistemáticamente en los últimos años. Ejemplos de esta colección de